

Hola, Toto ¿Dónde estás?

Mabel Bellucci

Me pidieron que escriba sobre Héctor Schmucler, más conocido en el ambiente como el Toto. No es un cometido sencillo. Igual, intentaré hacer algo que dé cuenta de nuestra amistad. El Toto fue una de las personas que más gravitó en mi vida. Mi libreta universitaria revela el año en que nos conocimos. Fue en La Plata, en 1972. Esta ciudad que la gente suele llamar «gótica», por sus afiladas iglesias e importantes museos fue diseñada para la vida universitaria. Comencé a estudiar allí para alejarme de mi familia. Con anterioridad, me había anotado en la carrera de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, en la inolvidable sede de la calle Independencia. De inmediato, descubrí que era necesario irme más lejos. Entonces surgió la idea de La Plata. Lo decidí de un día para otro. Y encontré que la única inscripción que aún estaba abierta era en la Escuela Superior de Periodismo (ESP), famosa por su larga trayectoria. Como dije, mi elección la hice entre gallos y medianoche, no obstante, esa ciudad me transformó la vida, mi cotidianeidad, mi cabeza. Todo era estremecedor: las pensiones, las guitarreadas nocturnas, la militancia universitaria, conocer gente de muchas de nuestras provincias y de países linderos. La ESP funcionaba en la calle 53, nro 726, entre 9 y 10. Por una escalera larga se llegaba a una puerta, donde había un descanso y luego en otro venía un hall y hacia los costados y para atrás se encontraban las aulas. Esta residencia tenía un estilo de la *Belle époque* europea pero venida en ruinas. A diario me cruzaba con compañerxs paraguayos, bolivianos y peruanos que estudiaban conmigo. Nos guiaba un apasionamiento antiimperialista que nos llevaba a *abroquelarnos en un afronto: la toma del poder y el fin del capitalismo*, solo con un agregado: amábamos el jolgorio noctámbulo. Entre el estudiantado predominaban adherentes y militantes de la agrupación político armada Montoneros y de la Tendencia Revolucionaria. Había poco margen para las izquierdas revolucionarias marxistas. Luego, con el accionar terrorista de la Concentración Nacional Universitaria (CNU) más el desembarco del sindicalista Victorio Calabró, nuestros hermanos latinoamericanos también fueron sus víctimas fatales.

Ahora bien, entre tantos cambios personales, apareció el Toto. Junto con él, la semióloga, Ana María «Menena» Nethol, su pareja de entonces. Ese hombre risueño, gesticulador, de anteojos grandes con marcos marrones, mechones rubios derulos ensortijados, sería el intelectual que dio inicio a los estudios de comunicación y la cultura de masas en América Latina y, en especial, en nuestro país. Pronto, nos enteramos que él había impulsado en aquel Chile de Salvador Allende a fundar la revista *Comunicación y Cultura* con Armand Mattelart y Ariel Dorfman. En breve, en la ESP, Schmucler, secundado por Menena, tomó a su cargo una función ad hoc, provisional, con un propósito específico: mudar de aires, de manera radical, los contenidos de la carrera a tono con los nuevos aportes del campo de la comunicación. En efecto: lo que estaba en juego era reformular el plan de estudios y el ingreso de nuevos profesores/as. Por ende, imperaba *aggionar* el horizonte académico acorde con las exigencias del contexto. Ello fue posible por el compromiso de Schmucler, quien fue convocado y acompañado por el centro de estudiantes. En 1972, creó y estuvo al frente de la cátedra Semiología del Periodismo Escrito, un hito inaugural en América Latina. Para él, la acción política radicaba también en revolucionar la academia y la producción teórica. Yo fui una de los tantos jóvenes que lo escucharon por primera vez. Ahora, no recuerdo cómo pasamos de ser él profesor y yo alumna a convertirnos en amigos. Fue una amistad que perduró hasta su muerte. Tuvo largos intervalos, peleas inútiles, discusiones políticas, llamados telefónicos, cartas, correos electrónicos, encuentros en cafetines, recorridas por librerías, alojarme en México, alojarlo en Buenos Aires y un largo etcétera. Apenas el Toto tomaba la carretera de Córdoba a Buenos Aires, avisaba que estaba listo para charlar tendido. Tenía una larga lista de personas para ver. Y era gracioso porque a veces los encuentros se daban en lugares irrisorios. Apenas me veía, me saludaba con una sonrisa pueril, una mirada vivaz y con su tonada cordobesa, musitaba: «hola, Mabelita». Ahora que lo pienso, nadie me llama en diminutivo. Seguro que cabe una explicación: cuando nos conocimos, yo tenía 22 y él 41. Y en su imaginario yo quedé detenida en mi juventud. Aunque no era solo yo, ambos estábamos detenidos. En ocasiones, sentados en un café, nos quedábamos callados para oír las conversaciones de las otras mesas. Después, armábamos historias de lo que habíamos escuchado. Esos seres anónimos que nos rodeaban, tomaban vida. Nuestra predilección eran las discusiones de parejas. Ahí yo siempre ajustaba comentarios feministas. Mientras el Toto trataba de entender las salidas viriles, en especial, el silencio. Así

construíamos mundos. Y por momentos fantaseábamos con hacer algo: un corto, un cuento o una novela. Lo cierto fue nunca logramos armar nada. En general, nos poníamos al día con los pormenores de la gente conocida. Era fascinante. Yo era una especie de programa de chimentos de la tarde para señoras abatidas por la rutina hogareña. Él abría grande sus ojos celestes con estupefacción como diciendo «¿che, esto es verdad lo que estás contando?» Quizás, yo le pasaba algunas pinceladas de realismo mágico a mis comentarios. Y me decía con algo de complicidad: «lo tuyo está en armar la sección de sociales en Página 12». Hasta, nos escribíamos cartas de puño y letra. Todo empezó, en 1996, cuando lo invité a presentar el libro *Desprivatizando lo privado. Mujeres y trabajo*, de Cecilia Lipszyc y mío. Fue en el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires. La mesa la integraban Eva Giberti, Carlos Jáuregui, Graciela Fernández Meijide, el Toto y nosotras dos. De no creer, estuvo dos horas hablando en contra del feminismo como del libro. Desde el público lo chiflaban, le pedían que no siga. Por supuesto que nuestra indignación nos carcomía. Al tiempo, recibí una carta de disculpas diciendo que no debíamos cortar nuestro diálogo. Ahí me quedó claro que para algunas ocasiones era mejor no contar con él. A partir de ese momento, fueron idas y vueltas de correspondencia. Cuando el Toto se enteró de los vaivenes de su enfermedad, volví a las andanzas epistolares. Luego, me respondía por email y otras con largas conversaciones telefónicas. Así, con el pasar de los años, tomé conciencia de lo privilegiada que fui de contar con su cariño en situaciones fáciles y en otras difíciles. Fue una rara avis intelectual que hizo a lo largo de su vida muchas y grandes cosas, pero sobre todo la escucha, el refugio y la tertulia. Ante todo, fue una persona tierna, honesta, buena. En realidad, no construyó un personaje para ser escrito: no realizó nada para que contaran su historia, como ahora lo estamos haciendo con este libro. De hecho, contar «su historia» es, de algún modo, dar cuenta de una coyuntura política sumamente enmarañada de nuestro país, de nuestro continente y, además, de nuestra generación. No tengo palabras para la despedida.